

La Magdalena, el último tabú del cristianismo

Juan Arias

FONT: ARIAS, J. (2005) *La Magdalena, el último tabú del cristianismo*. Buenos Aires: Aguilar.

Introducción

María Magdalena es la figura más misteriosa de los Evangelios canónicos. A pesar de la relevancia que esta mujer tiene en el desarrollo de la vida y la doctrina de Jesús de Nazaret, la Iglesia «oficial» siempre tuvo miedo del personaje. El principal temor de los altos estamentos eclesiásticos se basaba en un hecho decisivo: a juzgar por los textos, María Magdalena parecía asociada afectivamente a Jesús. A partir de aquí, la Iglesia tuvo miedo de que se pudiera descubrir el verdadero secreto de aquella mujer galilea que se enamoró del profeta que anunciaba caminos nuevos de esperanza. Aquel secreto —siempre temido y nunca desvelado completamente— podría hacer tambalear los cimientos mismos de la Iglesia. Por eso ha sido considerado como el último secreto del cristianismo y sólo en los últimos tiempos este enigma comienza a estudiarse seriamente.

Desde los orígenes del cristianismo se tejió en torno a María Magdalena una tupida red de fábulas y caricaturas, todas ellas creadas con fines políticos. Al menos aparentemente, la intención era ocultar su verdadera identidad y quizá rebajar o eliminar el papel fundamental que ella debería haber tenido y no tuvo en la fundación de la nueva secta cristiana.

LA MAGDALENA

Así nació la leyenda: sin ningún fundamento histórico ni bíblico, se proclamó la condición de prostituta pública de Magdalena, o se aseguró que era una mujer poseída por demonios impuros, o se fomentó la idea de una mujer pecadora, arrepentida y penitente, que se habría retirado al desierto para expiar sus faltas. Todo ello no era más que un personaje inventado y no siempre inocentemente.

María Magdalena, la verdadera, fue la mujer escogida por el profeta de Nazaret: ella era la destinataria primera de sus revelaciones y los secretos de su sabiduría. Esta singular decisión acabaría irritando al apóstol Pedro, que no entendía por qué tenía que confiarle a ella secretos que escondía a sus discípulos más cercanos. Fue la mujer que él eligió para depositar en sus manos la herencia de su doctrina revolucionaria. Por eso, según los mismos evangelios, Jesús resucitado aparece ante ella en primer lugar —ni siquiera ante su madre— y, como mensajera, la envía a comunicar la importante noticia a Pedro y a los demás apóstoles, escondidos y amedrentados tras la crucifixión del líder espiritual.

Desde estos primeros párrafos de la introducción debe avanzarse una hipótesis que parece bien documentada: Magdalena vivió con Jesús una apasionada historia de amor. (En todo caso, no conviene imaginarla anacrónicamente como una relación romántica, sino como una experiencia encuadrada en su tiempo y, además, es necesario tener en cuenta los límites sociales impuestos por la cultura judía y su época). Se trata de una historia que sólo ahora, y gracias a las traducciones de los famosos evangelios apócrifos, encontrados en 1945 en Egipto, empieza a perfilarse, tras siglos de silencio y ocultamiento a la que ha sido sometida desde la oficialidad eclesiástica.

Aparte de la relación afectiva —o imbricado en ella—, hay un aspecto «político» que afecta a la institución que ha mantenido viva la enseñanza del Nazareno: quebrando todas las reglas sociales de su época, el judío Jesús, hijo de María y de José, escogió a una mujer, a la galilea Magdalena, para anunciar al mundo la buena nueva de que Dios había cambiado de nombre, que iba a ser un Dios padre y madre y no un juez. Se trata de un giro decisivo: ¿por qué no escogió a un hombre? ¿Por qué no fue Pedro el elegido? Es cierto que la interpretación tradicional de las palabras de Jesús sugiere que Pedro fue la primera «piedra» de su Iglesia, pero hoy se tienen serias dudas respecto a la transmisión de la sabiduría del Nazareno: quizá no le fue encomendada a Pedro, sino a la Magdalena.

¿Por qué se impidió el designio primero de Jesús? ¿Por qué se trató de oscurecer la imagen de Magdalena? ¿Quiénes se ocuparon de ello? ¿Por qué Pedro y Pablo acabaron ganando la batalla contra ella? ¿Por qué la Iglesia primitiva convirtió a la compañera sentimental de Jesús en una vulgar prostituta arrepentida?

(...)

CAPÍTULO I

Ni prostituta ni endemoniada

A fuerza de leyendas, tradiciones e invenciones, María Magdalena se convirtió en el prototipo de la pecadora arrepentida. Ni siquiera entre los cristianos se ha conservado otra idea. Pero María Magdalena, la mujer más nombrada en los evangelios, no fue una prostituta ni estuvo poseída por demonios impuros. Es así, sin embargo, como se ha presentado a este personaje desde los albores del cristianismo y como lo testimonian miles de pinturas sobre ella: como prostituta arrepentida que se retiró al desierto para hacer penitencia por sus lujuriosos pecados. Así aparece durante siglos, descrita en infinitos sermones en las iglesias, en ejercicios espirituales y en numerosos escritos católicos. Se llegó incluso a considerar a la Magdalena como la patrona de las prostitutas.

En la actualidad y tras el Concilio Vaticano II, la Iglesia ya no considera a la Magdalena como a una prostituta. Esta modificación se ha producido casi en silencio, como es habitual en las transformaciones eclesíásticas que pueden causar alguna alteración en las creencias de los fieles. En los oficios de su fiesta litúrgica (22 de julio) María Magdalena ya no aparece como la «penitente», lo cual suponía que había sido efectivamente «pecadora».

En la nueva liturgia, en vez del pasaje de Lc 7, 36-50 en el que se describe la unción de la prostituta, se lee ahora el Evangelio de san Juan (20, 1-2 y 11-18), en el que se narra que María Magdalena fue la primera en acudir al sepulcro tras la crucifixión, y la primera en anunciar a los apóstoles que el Maestro estaba vivo. Para la Iglesia, en su nueva liturgia, la Magdalena ya no es una ex prostituta convertida, sino la mujer santa que fue testigo y apóstol en la primera comunidad cristiana.

La Iglesia se ha rendido, pues, ante la evidencia de los modernos estudios bíblicos y teológicos y ha liberado a la Magdalena del sambenito de pecadora arrepentida. ¿Quién fue entonces María Magdalena? Ése es el problema. Se reconoce hoy lo que no fue, pero aún no se tiene el coraje de admitir cuál fue su verdadero papel en la fundación del cristianismo y, menos aún, en sus relaciones, incluso sentimentales, con el profeta de Nazaret, tan bien documentadas en los evangelios canónicos y no sólo en los apócrifos.

Los textos de la confusión

En verdad, el equívoco sobre María Magdalena como prostituta que acabó arrepintiéndose de su vida de pecado, gracias a Jesús, nació en un principio de la interpretación errónea del citado texto de Lucas (Lc 7, 36-50) en el que se narra que Jesús fue invitado a comer en la casa de un fariseo. Sabiendo que el Maestro estaba en el lugar, «una mujer pecadora pública», es decir, una prostituta, se presentó allí con un frasco de alabastro lleno de perfume «y poniéndose a sus pies, comenzó a llorar y con sus lágrimas le mojaba los pies y con su melena se los secaba; besaba sus pies y los ungía con su perfume».

El fariseo, escandalizado, piensa que si Jesús fuera un verdadero profeta, habría sabido qué tipo de mujer lo estaba tocando, pues era conocida públicamente como pecadora. El fariseo pensaba: «Si éste fuera el profeta, sabría quién y qué clase de mujer es ésta...».

Jesús, en esa bella escena, de una gran riqueza literaria, adivina los pensamientos del fariseo y, tras reprocharle que él no había cumplido con las normas elementales judías usadas para recibir a un huésped y amigo (ofrecerle agua para lavarse los pies, darle el beso de bienvenida y ungirle la cabeza con aceite), le recuerda que aquella mujer sí lo había hecho y que, por tanto, ella poseía mayor capacidad de amar que él. A la mujer, Jesús le dice que sus pecados le quedaban perdonados y que podía irse en paz.

Lo que ocurre es que ni en ese pasaje ni en ningún otro lugar se dice nunca que aquella prostituta que se introdujo en el comedor del fariseo Simón, fascinada por la figura y la doctrina del profeta que a todos perdonaba, fuera ni se llamara María Magdalena.

De la Magdalena habla poco después el mismo evangelista Lucas (8, 1-4), cuando afirma que a Jesús, mientras recorría pueblos y aldeas, «le acompañaban los doce y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades, entre ellas, María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios». También se cita a una Juana, esposa de un funcionario judío, y a una cierta Susana. Por la continuidad de los pasajes, o por otras razones, se identificó a la prostituta de la casa del fariseo con la María Magdalena de la que Jesús había arrojado siete demonios, aunque Lucas no señala en ningún momento que la prostituta se llamara así.

Tres Marías

Por último, hay que añadir otro pasaje que condujo a identificar a la Magdalena con la mujer de mala vida que había enjugado los pies del Maestro con sus lágrimas, ungiéndolos con perfume. Es el texto de Juan 12, 1-8, en el que se narra que seis días antes de la Pascua y de la Pasión de Jesús, al estar cenando en casa de Lázaro, su amigo, a quien había resucitado de entre los muertos, su hermana María, «tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume».

Judas Iscariote, el apóstol que entregaría días después al Maestro por treinta monedas de plata, se irrita y comenta que mejor habría sido vender aquel perfume, que costaba trescientos denarios, es decir, una pequeña fortuna, para dárselo a los pobres. Jesús, enigmático como de costumbre, responde a Judas: «Déjala que lo guarde para el día de mi sepultura. Porque pobres siempre tendréis con vosotros, mientras que a mí no siempre me tendréis».

Desde luego, los evangelios advierten que Jesús sabía que andaban buscándolo y que conocía su destino final; por esa razón alude a los perfumes que se utilizaban para honrar los cuerpos de los fallecidos antes de enterrarlos.

En definitiva, los lectores de los evangelios conocen a una pecadora pública en casa del fariseo, a María Magdalena, una de las mujeres piadosas que seguían a Jesús, y a María, la hermana de Lázaro. ¿Cómo se llegó a confundir a las tres mujeres? Por caminos tortuosos, en muchos casos interesados en identificar a Magdalena con una mujer de mala fama.

Si la María hermana de Lázaro fuera, en efecto, la misma que ungió también los pies de Jesús en casa del fariseo, ello significaría que la hermana de Lázaro era prostituta, algo que va contra toda evidencia bíblica. Y la evidencia bíblica habla de tres mujeres: la prostituta sin nombre, la piadosa-endemoniada —llamada explícitamente María, la Magdalena— y la hermana de Lázaro, María.

No hay constancia de que ninguna de esas tres fuera la que visitó la tumba de Jesús, aunque éste sí advirtió que la hermana de su amigo reservaba perfume para su sepultura.

La identificación de María, la hermana de Lázaro, con María Magdalena ha sido muy fuerte y ha dado lugar a no pocas leyendas sobre el paradero de la Magdalena. Una teoría especialmente peregrina sugiere que se habría refugiado en el sur de Francia junto con Lázaro y su hermana Marta, perseguidos porque se había descubierto que ella era la mujer de Jesús. Leyenda aparte, no cabe duda de que de los evangelios es imposible deducir que María, la hermana de Lázaro, el gran amigo del Maestro a quien resucitó tras su muerte, fuera una mujer pública y escandalosa, una prostituta o una ramera.

Y el hecho de que fuera María Magdalena quien acudiera a la tumba de Jesús con aceites para ungir el cuerpo del Maestro nada prueba y, desde luego, no asegura que fuera la misma mujer pública que había ungido los pies de Jesús en casa del fariseo: de hecho, el evangelista no dice cómo se llamaba aquella mujer.

Esta identificación parte de cierto desconocimiento de las costumbres de aquel tiempo: el uso de aceites y ungüentos era algo muy común, y afectaba no sólo a los rituales mortuarios sino también del amor.

Los demonios de María Magdalena

Fue tan común e importante la unción del cuerpo con aceite que la Iglesia acabaría usándola en el sacramento de la extremaunción, llamada también «unción de los enfermos».

Mientras la Iglesia romana llegó a identificar las tres mujeres —la prostituta, María (hermana de Lázaro) y María Magdalena— en una sola persona, la Iglesia oriental siempre las consideró separadas y como personajes diferentes. Para la Iglesia griega, la Magdalena era incluso una virgen.

Hoy es muy difícil que algún experto en las Sagradas Escrituras y algún teólogo moderno considere a María de Magdala como una prostituta.

Tal y como se ha expuesto, los textos hablan de una «María, la llamada Magdalena», que seguía a Jesús junto a otras mujeres (Lc 8, 1-3). Se dice que Jesús había arrojado de ella a siete demonios. Este episodio aparece explícito en los evangelios de Lucas, Marcos y Juan. ¿Qué significan esos «siete demonios»?

También en este punto se ha hecho hincapié para corroborar que la Magdalena era una pecadora. Se consideraba, en efecto, que la posesión diabólica era consecuencia del pecado y, fundamentalmente, del pecado «de sexo». Por eso, si la Magdalena era una endemoniada a la que Jesús había librado de siete demonios, era porque se trataba de una prostituta. Y no una prostituta común.

En primer lugar, el número siete tiene profundos significados simbólicos en la Biblia. (Los números son importantes en la cultura judeocristiana y pocas veces se utilizan casualmente: el tres, el siete y el doce son números básicos...). En el caso de los «demonios» de Magdalena, ese número representa la importancia que los evangelios concedían a esa mujer.

Por otra parte, en tiempos de Jesús cualquier trastorno de tipo psíquico se confundía con la posesión diabólica. Estar poseído por un espíritu diabólico significaba también sufrir de una enfermedad no reconocida físicamente. Por eso, si es histórica la alusión del evangelio de que Jesús arrojó de la Magdalena siete demonios y no se trata de una interpolación posterior para disminuir la importancia de la mujer más amada por Jesús y que despertaba celos entre los mismos apóstoles varones, lo máximo que puede afirmarse es que María Magdalena había estado enferma y que Jesús la curó. Nada más.

La posesión diabólica, ni siquiera en el sentido en que se entendía en tiempos de Jesús, nada tenía que ver con los pecados del sexo. Hay incluso quien piensa que aquel haber «arrojado de ella siete demonios» podría significar que el alma de Magdalena venció todas las formas del mal, es decir, que Jesús la purificó de todo mal. Ésta es la teoría del católico Jacir de Freitas Faria, inspirándose en el evangelio gnóstico de Magdalena. En el evangelio gnóstico se dice que María Magdalena «conoció el Todo», es decir, que fue una iniciada en los misterios de Jesús y una «inspirada».

Sin embargo, durante siglos, la Iglesia consideró a la Magdalena como el símbolo del pecado de sexo y como la pecadora arrepentida, para oponerla, sin duda, a María, la Virgen y la Inmaculada. La Magdalena sería el espejo de Eva, primer símbolo del pecado, polo contrario y simbólico de María Virgen que sería la nueva Eva, la mujer sin pecado.

A partir del siglo X, María Magdalena se consideró como «ejemplo de perdición del mundo», como afirmaba el papa Gregorio Magno (540-604), quien llegó a calificarla como

«esclava de la luxuria». Honorio de Autun, en el siglo XII, escribió de ella que vivió «atormentada por deseos impuros». Por eso, Magdalena, según dicha tradición, pasó su vida escondida en una gruta, en el desierto, haciendo penitencia y mortificando su carne.

La metamorfosis fue perfecta. María Magdalena había sido una prostituta y una endemoniada. Se convirtió a la fe y se transformó en el mito de la cristiana arrepentida que llora y purga sus pecados. Es también una mujer cristiana fuerte, ejemplo para todas las mujeres pecadoras, que supo llorar sus pecados pasados.

Al mismo tiempo, convirtiendo a la Magdalena en una simple prostituta arrepentida, que pasó el resto de su vida haciendo penitencia por sus pecados, se la aleja del peligro de que aparezca no sólo como una mujer especial, la más cercana a Jesús, sino como la mujer que recibió del Maestro los secretos mejor guardados, la primera «apóstol», la que, quizá, tendría que haber sido —quizá— la verdadera fundadora del cristianismo, principalmente por haber sido ella la primera y única testigo de la resurrección. ¿No fue Pablo quien afirmó que si Cristo no hubiera resucitado «vana sería la fe» de los cristianos? Pero los apóstoles supieron que Jesús seguía vivo tras su Pasión en la cruz, porque Magdalena se lo reveló en su nombre.

Sólo hoy —sobre todo, después del descubrimiento de algunos escritos gnósticos en Egipto, entre ellos, los evangelios de Magdalena y de Tomás— se ha comenzado, aunque lenta, una revisión de la figura de María Magdalena, a la que los evangelios canónicos colocan como a la mujer más importante de la caravana apostólica de Jesús, la cual, además, cubría los gastos de la comunidad con sus propias pertenencias. Así, en los evangelios se asegura que ella y «otras muchas» servían a los apóstoles y a Jesús «con sus propios bienes».

(...)

Prostituta, endemoniada, pecadora, encarnación del mal, símbolo del arrepentimiento... Todo menos lo que fue realmente: es decir, la mujer más importante en el cristianismo naciente. Sólo María, la madre de Jesús, puede oscurecer su presencia y en los evangelios es incluso más visible que la virginal Madre de Dios. En efecto, según los evangelios, Jesús se aparece el domingo de Resurrección a Magdalena, y no a María: de esta forma, el Maestro confiere a esa mujer una formidable importancia teológica.